

Harry Potter

El retorno del héroe

Guillermo Vega Zaragoza

El fenómeno de la saga de Harry Potter, de J.K. Rowling, es uno de los acontecimientos editoriales más espectaculares de los últimos tiempos. En una era en la que se anuncia el ocaso del libro, ha convocado a las nuevas generaciones a una decidida apuesta por la lectura y ha renovado la literatura fantástica llevándola a dimensiones inéditas. Guillermo Vega Zaragoza explora esa zona donde el mito, la magia y el arquetipo del héroe se funden para comprender la importancia de este clásico instantáneo de la ficción contemporánea.

A Verónica Murguía, Maricarmen y Daniela

¿Cuál es la causa del éxito arrollador de la serie de libros sobre las aventuras de Harry Potter escritos por la escocesa J.K. Rowling? ¿Qué les dice a buena parte de los niños de este mundo globalizado que las miles de horas que han pasado ante las caricaturas de la televisión y las películas de Walt Disney no les hayan dicho ya? Podría pensarse que se trata de un fenómeno mercadológico, fugaz e intrascendente, que morirá en cuanto se acabe la temporada y llegue otro fenómeno y así, sucesivamente, como ha sucedido y seguirá sucediendo con los productos que pone en el mercado la industria del entretenimiento.

Pero es de sospecharse que con los libros de J.K. Rowling no sucederá así. La autora no pensó en sus libros únicamente como una obra comercial. Desde luego que deseaba tener éxito, como todo creador que espera

que su obra sea conocida y reconocida, pero lo sucedido con Harry Potter ha rebasado todas las expectativas concebibles, al grado de que la ha convertido en la segunda mujer más rica de Inglaterra (después de la reina Isabel), con una fortuna de más de un mil millones de dólares, y, junto con Stephen King, en uno de los dos escritores que califican como los más poderosos en el mundo del entretenimiento, de acuerdo con la revista *Fortune*.

No obstante, lo que más sorprende es que se trate de un producto que, ante la avalancha multimedia, Internet y los videojuegos, se supone es de lo menos atractivo para ser vendido al público infantil y juvenil: un libro. ¡Y además con puras letras y nada de dibujitos! ¡Y algunos hasta con setecientas páginas! Se ha convertido en leyenda la forma en que Joanne Kathleen Rowling

(su nombre completo, pues la editorial le pidió que lo abreviara, para que pensarán que era hombre: ¿cómo era posible que una señora, maestra de secundaria, por demás, anduviera escribiendo historias de magos y brujas?) escribió el primer volumen de la serie: *Harry Potter y la piedra filosofal* (que es como se llama originalmente, pues los editores norteamericanos pensaron que si un libro para niños contenía la palabra “filosofal” no les iba a llamar la atención; no fueran a pensar que era aburridísimo. Por eso le pusieron *Harry Potter y la piedra del hechicero*. ¿Se va dando cuenta el lector de la multitud de prejuicios idiotas que campean el mundo editorial?): madre soltera con una hija de meses y sin un clavo, se le ocurrió la idea base de los siete libros durante un viaje en tren. En llegando a Edimburgo, donde reside aún, se puso a escribir, dejando a su hija dormida en casa mientras ella se iba a escribir a un cafetín de la esquina. Rechazada por una docena de consorcios editoriales, finalmente la compró la entonces pequeña Bloomsbury Press, no sin ciertas reticencias, pues no fue hasta que obtuvo el prestigiado National Book Award del Reino Unido y entró a la lista de los más vendidos en la *New York Times Books Review*, que empezó a ser tomada en serio, al grado de que cada uno de los siete libros de la serie han merecido reseñas profundas y serias en diversas publicaciones literarias, en lugar de relegarlas a la sección de libros infantiles, donde la crítica es prácticamente inexistente (lo cual es perfectamente explicable: a los niños les tiene sin cuidado lo que digan o dejen de decir los críticos literarios). A la fecha, los libros de Rowling han vendido más de cuatrocientos millones de ejemplares en doscientos países y se han traducido a cuarenta y siete idiomas.

El fenómeno Potter ha causado situaciones poco comunes, algunas de las cuales ya se encuentran bien documentadas. Por ejemplo, una niña, desesperada por la tardanza en aparecer de uno de los volúmenes de la serie, escribió su propia versión y la puso a disposición de otros fanáticos a través de Internet. Otros niños se desvelaban para terminar de leer los libros. En Inglaterra, cosa insólita, bajaba el *rating* de las caricaturas y series infantiles de la televisión. Me consta, por ejemplo, que en cuanto uno sacaba a colación el tema de Harry Potter, a la hora de la sobremesa, los niños se sabían al dedillo las situaciones, los diálogos y los nombres de cada personaje, al grado de corregir a los adultos cuando alguno cometía la barbaridad de equivocarse.

El éxito podría atribuirse, entonces, a la buena factura de los libros. Como apuntó el crítico Charles Taylor: “No creo que puedas leer cien páginas de Harry Potter antes de que empieces a sentir ese inconfundible estremecimiento que te dice que estás leyendo un clásico”. En efecto, J.K. Rowling sabe escribir y escribe bien. Sus novelas tienen esa inexplicable fascinación que ha-



J.K. Rowling

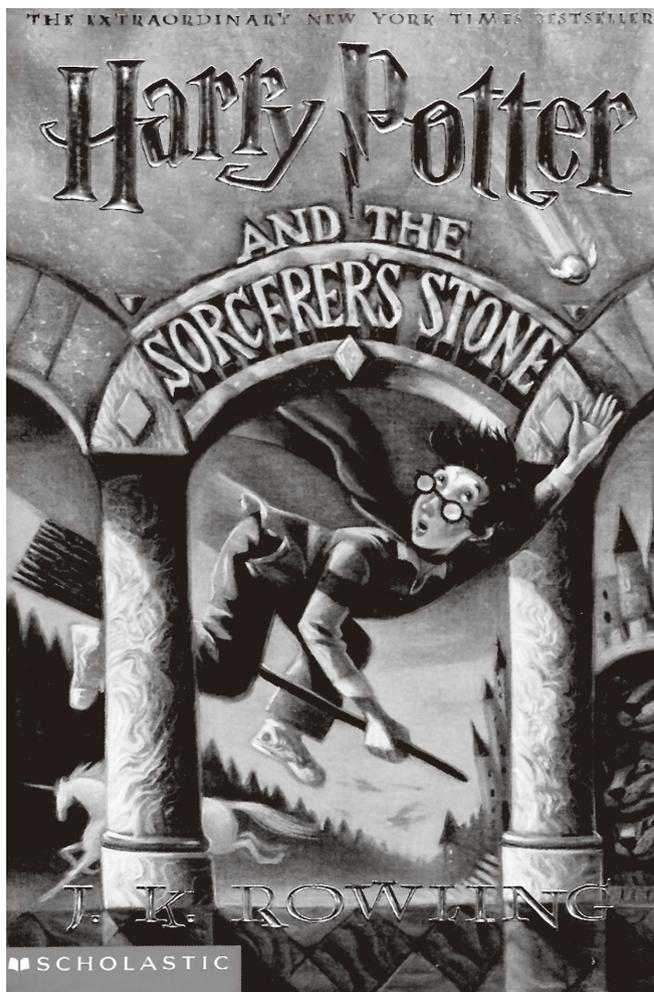
ce que el lector siga las aventuras de sus personajes y los deja siempre ávidos, con ganas de saber más y más, después de cada capítulo y de cada libro.

DECONSTRUYENDO A HARRY

Un análisis de crítica literaria nos ayudaría a desentrañar los elementos que conforman los libros de J.K. Rowling. Los desarmaríamos y nos daríamos cuenta de los recursos literarios que la autora ha tomado, aprendido, digerido y aplicado de géneros como el folletín (cultivado por Alejandro Dumas), de la novela de aventuras (del talante de Robert Louis Stevenson), la novela gótica y de terror (desde Horace Walpole y Edgar Allan Poe hasta el mismo Stephen King), la ciencia ficción y de la subrama de “calabozos y dragones” (desde Ray Bradbury hasta Ursula K. Le Guin), incluso se podrían rastrear los vasos comunicantes con la novela policiaca y de suspenso (sobre todo de Dashiell Hammet y Raymond Chandler) y, desde luego, podríamos analizar su valor de acuerdo con los cánones de la literatura infantil y juvenil.

En este sentido, cabe resaltar la forma en que Rowling ha ido tejiendo la historia de Harry, a fin de hacerla atractiva a medida que se avanza en la lectura de cada libro de la serie. Uno de los aspectos a destacar es el manejo de la trama. Estos libros, a diferencia de otras obras infantiles o juveniles, no son de lectura muy sencilla. Exigen cierto grado de atención, que hace aún más sorprendente que los niños la sigan con tanto entusiasmo.

En un ensayo titulado “Queremos tanto a Harry” (aparecido en la extinta revista *Viceversa*), una de las más autorizadas “potterólogas” mexicanas, la escritora Verónica Murguía, ella misma autora de libros dirigidos a niños y adolescentes, afirmó que “mientras la serie avanza en el tiempo y los personajes maduran, la trama se vuel-



ve más complicada y a veces terrible. Es como si la autora hubiera concebido desde el principio cada paso que da cada personaje, y las consecuencias de cada acción. Nada es azaroso en este mundo complejo y abigarrado”.

En efecto, la misma Rowling ha reconocido en *J.K. Rowling vista por J.K. Rowling*, escrito por Linsey Fraser (R.B.A., 2001) que “si tuviese que incluir en los libros cada uno de los detalles de la vida de los personajes, no me bastaría ni la *Enciclopedia Británica*. Sin embargo, no es necesario que el lector sepa todo lo que yo sé. Sirius Black es un buen ejemplo: me he imaginado toda su infancia, pero el lector no lo sabe. Yo siempre necesito saber mucho más acerca de ellos, puesto que soy quien los hace mover sobre las páginas”.

Podríamos continuar deconstruyendo a Harry, pero seguiríamos sin poder desentrañar el porqué de su éxito, de la misma manera que desarmando el avión y mirando las piezas desperdigadas en el suelo no nos permiten descubrir el porqué, si las juntamos adecuadamente, pueden hacer que una mole de cientos de toneladas emprenda el vuelo. Hay algo en ese amasijo de influencias y recursos que han hecho el milagro de que las aventuras de un niño mago le interesen y le digan algo a millones de niños y adultos en todo el mundo. En mi opinión, una de las razones del éxito de la serie de Harry Potter se debe a que, como todas las grandes obras literarias,

desde *La Iliada*, pasando por *Hamlet* hasta *Cien años de soledad*, en sus libros J.K. Rowling ha logrado entrar en contacto con el *Mito* (así, con mayúscula) y plasmarlo en historias para compartirlo con quien lo necesite.

LA NECESIDAD DEL MITO

De acuerdo con Rollo May, en su libro *The Cry for Myth* (1991), el mito es “una forma de dar sentido a un mundo que no lo tiene. Los mitos son patrones narrativos que dan significado a nuestra existencia”. Estos patrones tienen una utilidad fundamental: “Mediante sus mitos, las sociedades sanas facilitan a sus miembros un alivio para sus neuróticos sentimientos de culpa y su excesiva ansiedad”. Una sociedad sin mitos fuertes, como los de la antigua Grecia, provoca en sus miembros sentimientos de frustración, que desembocan en la destrucción y una búsqueda solitaria de la identidad interna.

Los mitos son la autointerpretación de nuestra identidad en relación con el mundo exterior. Son el relato que unifica nuestra sociedad. Son esenciales para el proceso de mantener vivas nuestras almas con el fin de que nos aporten nuevos significados en un mundo difícil y a veces sin sentido. Ciertos aspectos de la eternidad —tales como la belleza, el amor y las grandes ideas— aparecen en el lenguaje del mito.

El mito, pues, “se refiere a la quintaesencia de la experiencia humana, al significado y sentido de la vida humana”. Es un drama que empieza como acontecimiento histórico y adopta su especial carácter como forma de orientar a la gente hacia la realidad, pues lleva consigo los valores de la sociedad: mediante él, encuentra el individuo su sentido de identidad.

El mito se transmite de una generación a otra en forma de narración. Grandes narraciones míticas las tenemos por montones: la *Biblia*, el *Corán*, el *Popol Vuh*, el poema de Gilgamesh, *Beowulf*, etcétera. Pero, además, los escritores se han encargado de perpetuar el mito, reinterpretándolo y convirtiéndolo en obra de arte. De esta forma, nos dice Lillian Feder, “el mito es una forma de expresión que revela una forma de pensamiento y sentimiento: la conciencia y respuesta del hombre ante el universo, sus congéneres y su existencia individual es una proyección en forma concreta y dramática de miedos y deseos imposibles de descubrir y expresar de cualquier otra forma”.

Sin embargo, la transmisión del mito en la sociedad contemporánea ha entrado en crisis, por lo menos después de la primera mitad del siglo xx. Anteriormente, las instituciones que aportaban estas narraciones de autointerpretación eran la familia, la moral, la escuela,

la Iglesia y el Estado. Pero, con el advenimiento del racionalismo y el positivismo en el siglo XIX, todo esto se empezó a considerar como superstición y superchería. El mito se convirtió en sinónimo de mentira, a pesar de que es, como dijo Thomas Mann, “una verdad eterna en contraste con una verdad empírica”.

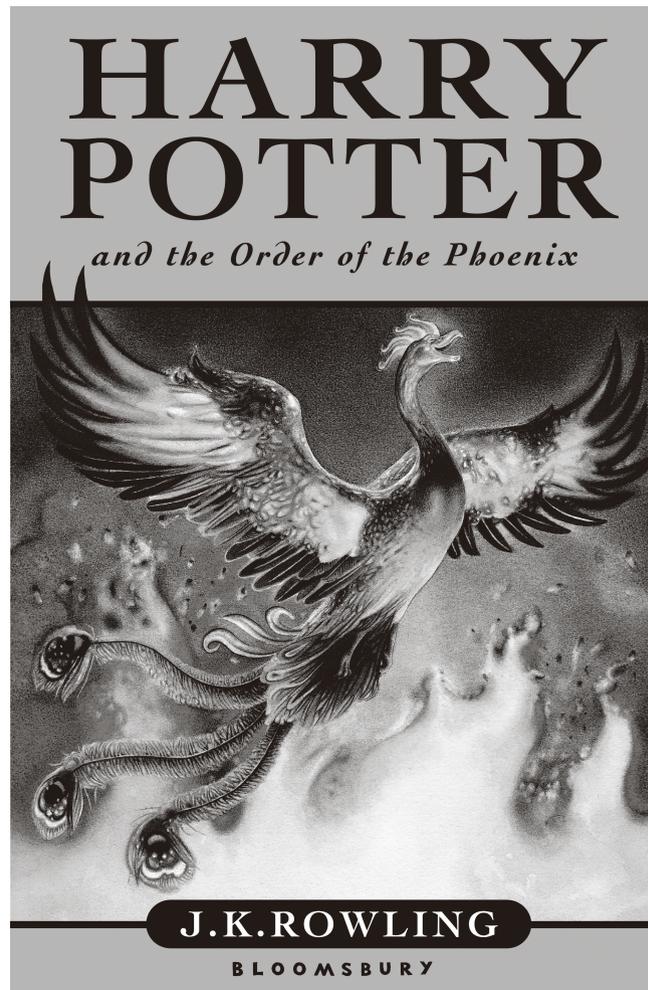
Varios fenómenos contribuyeron a la crisis mítica de nuestra sociedad: la familia nuclear entró en crisis y la moral cambió aceleradamente, la escuela se volvió un desastre que no cumple su función, la Iglesia ha revelado su verdadera naturaleza terrenal más que espiritual y el Estado está en franca retirada como elemento regulador y aglutinador de la sociedad.

En las sociedades primitivas, al terminar el día, la comunidad se reunía alrededor de la fogata, al aire libre, para escuchar a los más viejos contar historias y leyendas de cómo se había formado su pueblo, qué le había pasado a aquel que no respetó la ley, de dónde venía el hombre y adónde iba. Había un sentido plenamente comunitario en la transmisión del mito de una generación a otra, que permitía que el mito quedara indeleblemente grabado en la mente y el alma de las personas, otorgándoles un sentido sólido de identidad y de unidad personal y social.

¿Qué es lo que sucede en la actualidad? Nos sentamos ante el televisor a ver y escuchar las noticias (casi siempre malas), sin ninguna explicación convincente, sin entender bien a bien por qué suceden, en voz de charlatanes incultos, cuya única gracia es tener la facilidad de hablar ante un micrófono, sin ninguna experiencia ni conocimiento vitales que les dé autoridad, pero que pontifican acerca de lo que está bien o está mal, de acuerdo con las leyes del *rating*.

Por ello, el hombre moderno tiene que emprender por sí mismo la búsqueda de orden y coherencia al flujo de las sensaciones, emociones e ideas que acceden a su conciencia desde el interior o el exterior. Algunos emprenden la búsqueda a través de nuevos cultos y pseudoreligiones New Age, Feng Shui y demás patrañas. Otros se refugian en las drogas. Otros deciden sumergirse en el trabajo y renuncian a la vida personal para no tener que pensar en ella. Otros se suicidan. Dice May, categórico: “Sin el mito somos como una raza de disminuidos mentales, incapaces de ir más allá de la palabra y escuchar a la persona que habla”.

No obstante, el cine se convirtió en el gran reciclador de mitos del último siglo; sin embargo, por su mismo carácter de masas, el *star system* y la mercadotecnia, la mayoría de las películas fallan a la hora de establecer la vinculación adecuada con los individuos en términos míticos para trascender su carácter de “entretenimiento”. De los otros medios de comunicación, especialmente la televisión, ni hablar: se trata de meras fábricas de productos culturales totalmente desechables, sin raíces



ni profundidad, aunque habría que hacer una mención aparte de ciertas caricaturas japonesas de gran popularidad, que sí aportan los elementos míticos a sus infantiles audiencias.

Para resumir, de acuerdo con May, el mito tiene cuatro funciones básicas: 1) confiere sentido de la identidad personal al responder a la pregunta: ¿Quién soy?, 2) hace posible nuestro sentido de comunidad, al vincularnos con aquéllos con quien lo compartimos; 3) afianza nuestros valores morales, lo cual es fundamental en una época como la nuestra, secuestrada por el cinismo y la hipocresía, y 4) constituye una forma de enfrentarnos al inescrutable misterio de la creación.

A través de Harry Potter, J.K. Rowling ha aportado al mundo un nuevo mito, aunque en realidad no es totalmente nuevo, como veremos a continuación, mediante el cual a sus pequeños lectores (y muchos no tan pequeños) les revela un hilo conductor que les permite descubrir su identidad, adquirir sentido de comunidad y respeto a quienes son diferentes, reforzar ciertos valores (tales como la lealtad, el honor y la búsqueda de la verdad), además de enfrentarlos a misterios más profundos, como la magia misma y ciertas fuerzas que todavía escapan al entendimiento humano.

Todas estas aportaciones no son asuntos menores en estos tiempos. En su interesantísimo libro *Hombres*

de hierro (Planeta, 1990), el poeta Robert Bly afirma que el hombre contemporáneo ha dejado de tener contacto con su lado instintivo (el del “hombre natural”, el de la masculinidad) en aras de una supuesta “civilización”; ha intentado renunciar a su naturaleza violenta para reconocer su lado “femenino”, pero no se le ha dado nada a cambio que pueda suplir esa renuncia.

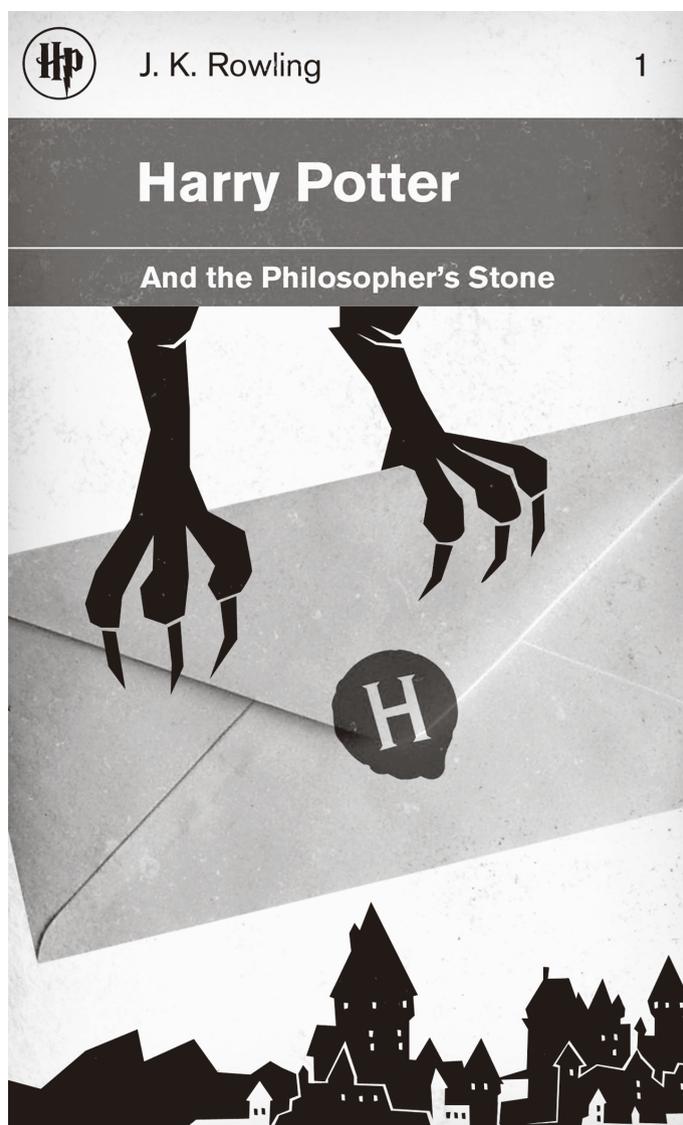
De acuerdo con Bly, tanto hombres como mujeres necesitan nacer dos veces: primero, el nacimiento biológico; segundo, el nacimiento espiritual, en que se reafirma su identidad y pertenencia al grupo. El segundo nacimiento es una iniciación, que anteriormente se realizaba en forma ritual. “Las sociedades antiguas creían que un niño se transforma en hombre únicamente a través del rito y el esfuerzo, únicamente a través de la intervención activa de los hombres más viejos”. Es decir, por ejemplo, un chamán, con cantos y conjuros, introducía al discípulo, cuyo nacimiento atestigüa, ahora como hombre, en presencia de los demás hombres que lo aceptaban como un igual.

“En nuestra cultura tal momento no existe. Los niños de nuestra cultura tienen una permanente necesidad de iniciación en el espíritu masculino, pero los hom-

bres mayores, por lo general, no se la ofrecen. El sacerdote a veces trata, pero él está demasiado comprometido con la aldea corporativa”. Antes, los abuelos y tíos vivían en la misma casa y socializaban intensamente con los más pequeños, a través del trabajo, juegos o deportes, aprendían los conocimientos del alma y el espíritu masculinos. Ahora, los niños viven en departamentos, los mayores trabajan todo el día en lugares apartados y el único compañerismo que experimentan es el de otros chicos de su misma edad, igual de desorientados que ellos, y “quienes, desde el punto de vista de los antiguos iniciadores, no saben absolutamente nada”, apunta Bly.

La desaparición del importante rito de iniciación se debe también al ascenso del mito de la eterna juventud, que inicia en los años veinte del siglo pasado, pero se consolida en la posguerra, con el advenimiento del *rock and roll* y la cultura *pop*. Desde entonces, asistimos a la dictadura de lo joven y lo novedoso. Nadie quiere envejecer, todos quieren seguir luciendo como quinceañeros o veinteañeros, eternos niños y adolescentes, por la magia del ejercicio, los productos *light* y, si no hay remedio, la cirugía plástica. Asistimos a espectáculos donde orondos sesentones siguen cantando cosas como: “Espero morir antes de volverme viejo” o “No puedo obtener satisfacción”, y al mismo tiempo el objeto de deseo de chicos y grandes es una adolescente descebrebrada, con cuerpo y actitudes sexualmente provocativas, pero que se declara inconsciente (y por lo tanto irresponsable) de las pasiones que provoca (“*Ooops, te la hice de nuevo*”). Vemos programas de televisión donde un vetarrio arrugado se viste de pantaloncitos cortos y habla como retrasado mental (que no como niño) y un casi cuarentón usa gorra con la visera hacia atrás, y se comporta y hace guarradas como un adolescente jarriso de catorce años, que además todos celebran como si se tratara de un gran genio. Se ha impuesto el modelo de la juventud eterna porque el anhelo es seguir siendo inocente e irresponsable por los siglos de los siglos, pero también para permanecer como un consumidor eterno, dócil y acrítico, de los productos de la industria del entretenimiento.

Ante esta situación, el hombre moderno tiene que ir reconstruyendo, como puede, estos ritos de iniciación. Una obra que ejemplifica fehacientemente este esfuerzo, hasta ahora fallido de reconstrucción, es la novela (y después película) *Fight Club*, de Chuck Palahniuk (Vintage Books, 1996), donde el esquizofrénico personaje se crea una personalidad alternativa, que se convierte en su propio chamán iniciador de los misterios de la masculinidad, y que ha tenido que crear una cofradía donde cada noche se cosen literalmente a golpes para recuperar la virilidad que le ha escamoteado la pasteurizada vida corporativa.



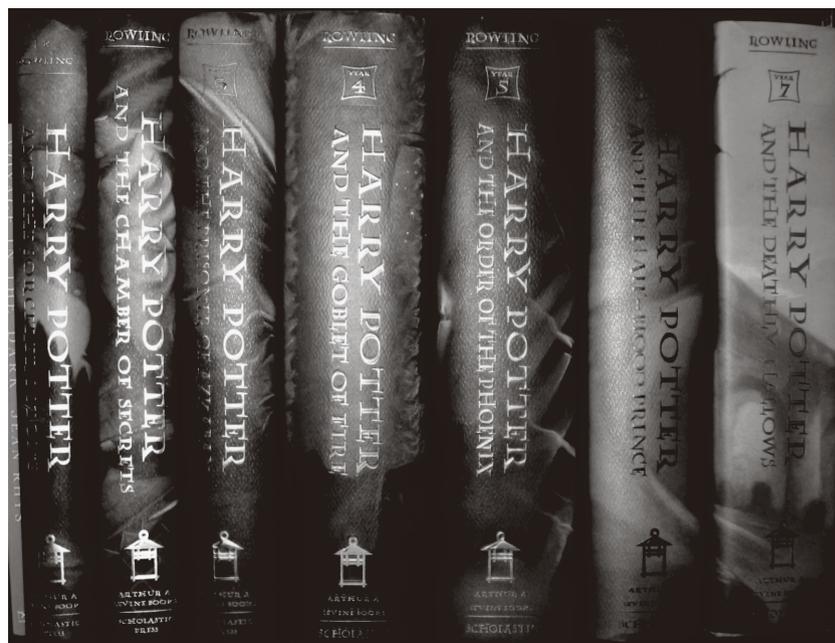
No es la intención de este texto detallar pormenorizadamente las de por sí intrincadas tramas de las novelas de Rowling. Quienes quieran conocerlas pueden pedir prestados los libros a sus hijos o sobrinos y salir de dudas por sí mismos. El interés reside, pues, en destacar el contenido mítico de las historias de Rowling y subrayar su aportación literaria a la mitología del nuevo siglo.

LA TRAMA HEROICA

En un artículo aparecido en la *London Review of Books*, titulado “Spot the source: Harry Potter explained” (“Detecta la fuente: Harry Potter explicado”), la especialista en mitología comparada Wendy Doniger afirma que “los mitos sobreviven por siglos, en una sucesión de reencarnaciones, porque están disponibles y porque son intrínsecamente carismáticos. Rowling es una maga en el arte del *bricolage*: nuevas historias armadas a partir de piezas recicladas de viejas historias. Cuando empecé a leer los libros, mi niño interior, como le dicen, se encontró con los clásicos infantiles, unió fuerzas con mi yo adulto, una mitologista comparada, y me encontré incapaz de resistirme a jugar el juego de ‘¿Puedes detectar la fuente?’, una variante filológica del viejo juego de niños ‘¿Cuántos animales puedes encontrar en este dibujo?’”.

En efecto: es posible detectar múltiples influencias en la obra de Rowling, pero quizá la más sobresaliente es la más sencilla. Se trata del relato de las aventuras de un héroe, que a final de cuentas es lo que es Harry Potter, y que como veremos es el vehículo por excelencia para la transmisión del mito. Desde la mitología griega, pero aún más allá, como lo ha demostrado Joseph Campbell en *El héroe de las mil caras: psicoanálisis del mito* (FCE, 1959) el ciclo del héroe se repite una y otra vez: la partida, la iniciación y el regreso. “El héroe es el hombre o la mujer que ha sido capaz de combatir y triunfar sobre sus limitaciones históricas, personales y locales y ha alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales”.

Todas las mitologías cuentan con sus héroes, la tradición griega clásica, la de mayor influencia en la civilización occidental, está plagada de héroes: Prometeo, Teseo, Perseo, Hércules, Ulises... De todos ellos, es Edipo, sin duda, el héroe que marca la civilización occidental, sobre todo desde que Sigmund Freud bautizó con su nombre uno de los complejos fundamentales de su teoría psicoanalítica. La pregunta primordial de Edipo es: “¿Quién soy?” y es la que desata su tragedia. En este sentido, Harry Potter también se hace esa pregunta. Recordemos que a este pequeño héroe lo conocemos cuando tiene once años de edad, es huérfano y vive con unos parientes que lo maltratan y desprecian. Un buen día le llegan miles de cartas para informarle que

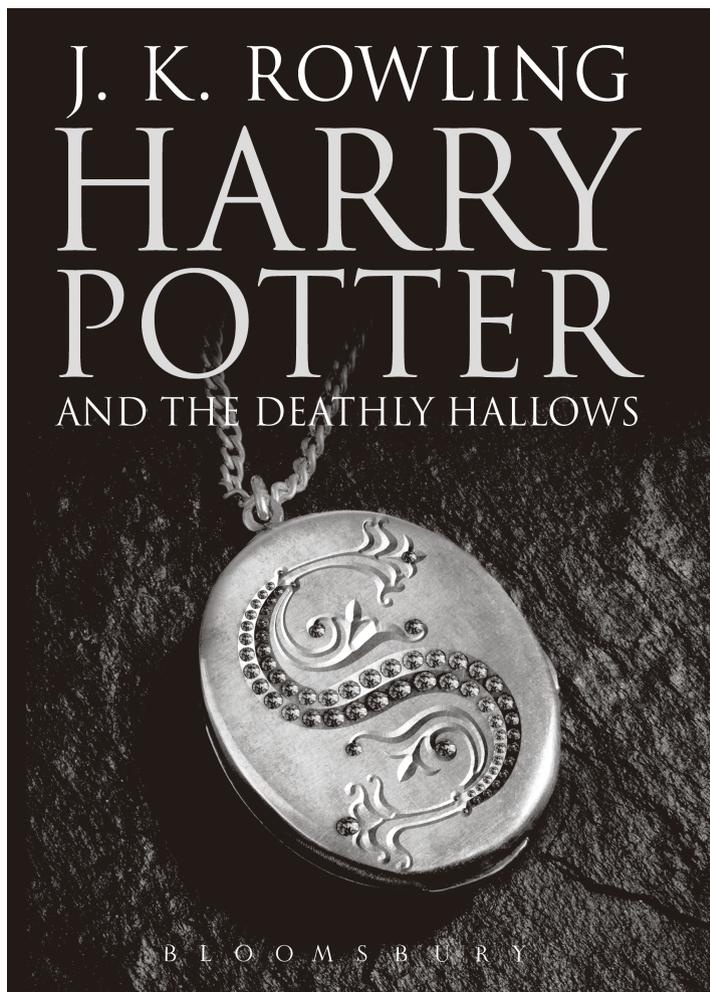


ha sido aceptado en la Escuela Hogwarts de Magia y Hechicería. Una vez allí, empezará a desentrañar la incógnita acerca de su identidad.

No obstante, Edipo no es el único mito con el cual es posible identificar a Harry Potter. De alguna forma está más relacionado con ciertos aspectos de la vida de Hércules, sobre todo en aquellos que se refieren a que ambos nacieron con poderes especiales, concedidos por los dioses, pero perseguidos por determinado sino, al que se deben enfrentar y tienen que pasar varias pruebas para demostrar su fuerza y ocupar el lugar que les corresponde en el mundo. (Para seguir detalle a detalle la vida de Hércules y, en general de todos los héroes clásicos, conviene consultar *Los mitos griegos*, de Robert Graves, en Alianza Editorial, y la *Enciclopedia de los Mitos*, de Nadia Julien, en Editorial Océano).

De acuerdo con el psicólogo Fabián Flaiszman, en el mito de Hércules se manifiesta el proceso de individuación, entendido éste como “el proceso a través del cual el individuo se va diferenciando, haciéndose individual e integrando los opuestos en el Sí-mismo”. Para lograrlo, el individuo debe atravesar ciertas pruebas o experiencias personales para que, al igual que Hércules, pueda definir si pertenece al reino de los mortales o de los dioses. De la misma manera, Harry Potter va cumpliendo, conforme avanza su saga, con diversas tareas que lo van enfrentando con su lado oscuro y desconocido.

Sin embargo, a diferencia de Hércules, Harry no basa su poder en la fuerza física, sino en otras habilidades, que irá descubriendo poco a poco. En este sentido, “Harry, huérfano, inseguro y travieso, es un personaje que acepta con reticencia su destino de héroe”, afirma Verónica Murguía. Lo anterior de alguna manera emparenta a Harry con otro héroe libresco también muy de moda por la trilogía cinematográfica basada en los



libros: Frodo Baggins, el protagonista de *El señor de los anillos* de J.R.R. Tolkien. Sin embargo, nos advierte Murguía, “Harry carece de la gravedad heroica resignada de Frodo y posee en cambio una vena de rebeldía creativa que reconocemos en héroes más antiguos y cercanos al mito, como Pulgarcito o Juan sin Miedo”. En efecto, Harry no es nada más un mago famoso: “es un adolescente a quien le da miedo bailar en pareja, que se enamora y nunca se atreve a dirigir la palabra al objeto de su amor, que se pelea con su mejor amigo, que padece la antipatía de algún maestro y que, a veces, a pesar de su fama, se siente solo”. Todo lo cual lo hace más vulnerable y, por lo tanto, mucho más cercano y entrañable para los niños de hoy.

La ya mencionada Wendy Doniger detecta por lo menos tres tradiciones, géneros o temas míticos en la saga de Harry Potter:

1) El “romance familiar” o “la fantasía del niño cambiado por otro”, que se resume en la historia del patito feo, el niño que se sabe diferente a su familia o que no se reconoce en su entorno, lo mismo que sucede con Edipo y con Moisés, para más señas.

2) Los relatos de “días de escuela”, sobre todo, de las escuelas inglesas de los años treinta, pero que en la historia de Harry se materializa en la mencionada escuela de magia Hogwarts.

3) La llamada “banalidad de la magia”, donde los poderes mágicos no se utilizan para grandes cosas sino para cuestiones vanas, cotidianas.

Sobre estos dos últimos rubros cabe hacer un comentario. La serie sería inconcebible en un lugar que no fuera Inglaterra, por la simple y sencilla razón de que el sistema educativo inglés tiene particularidades muy específicas, y además en Inglaterra la tradición mágica y brujo tiene mayor raigambre que en Estados Unidos, por ejemplo. En su *Historia de la brujería. Hechiceros, herejes y paganos* (Paidós, 1998), Jeffrey B. Russell afirma que, a diferencia de lo que acontecía en el continente, en las Islas Británicas, la brujería nunca se asoció a cuestiones satánicas, sino que permaneció siempre relacionada con la hechicería. “En Inglaterra no había Inquisición ni derecho romano, sino tan sólo una tradición herética bastante débil”, por lo que “brilló prácticamente por su ausencia el concepto de brujería como culto al diablo”.

Uno de los casos más sonados de brujería en el siglo XVI, el de las brujas de Essex, mostraba el abismo que separaba la práctica brujo inglesa de la continental: no volaban ni se reunían para celebrar orgías; no bailaban ni hacían bacanales ni se entregaban a perversiones sexuales. “Y, nótese bien, no firmaban ningún pacto con el diablo ni lo adoraban”, dice Russell. Desde luego que después se prohibió la práctica de la brujería, pero se consideró un delito civil y no eclesiástico, razón por la cual a las brujas se les ahorcaba en el patíbulo como a cualquier delincuente en vez de quemarlas en la hoguera. Por ello, una escuela de hechicería y brujería como Hogwarts sería inconcebible en Brooklyn. Los hubieran quemado vivos en leña verde, tanto a maestros como a alumnos, desde mucho tiempo atrás.

Por otra parte: ¿qué mejor ambiente para los ritos de iniciación y el autoconocimiento que la magia y la hechicería, que son los fenómenos rituales por excelencia? En este sentido, habría que cuestionar la aseveración de Doniger en relación con que la magia es abordada de manera superficial. Muy al contrario, con sus intrincadas reglas y fórmulas, es la que le otorga orden y sentido (diferente al que conocemos, pero orden al fin de cuentas) al mundo de Harry y sus amigos.

¿Cuánto tiempo perdurará el fenómeno de Harry Potter? Es difícil saberlo. Sería altamente deseable que toda la parafernalia publicitaria que se desató con sus películas, sobre todo ahora que está próxima a estrenarse la última, sirviera para que los niños se acerquen a los libros y no para que permanezcan alejados de ellos. Por lo menos es buen signo seguir encontrando en las librerías enormes pilas de volúmenes de Harry Potter en espera de los diminutos (y otros no tanto) fanáticos que busquen revivir en su imaginación las aventuras de este moderno héroe. ■